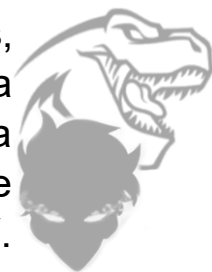




Buscando un gato en Ehime

Nunca he viajado fuera de Japón, pero apuesto a que ese primer paso en tierra extranjera debe de ser algo especial. Eso es lo que pienso mientras bajo por la estrecha rampa lateral del ferry. En cuanto mis mocasines tocan el hormigón del puerto, mi corazón grita: ¡Shikoku! Es mi primera vez aquí. Me detengo y espero a que pase el grupo de hombres de mediana edad. Cuando ya están a una distancia prudente, empiezo a caminar. Por si acaso, llevo la silla detrás de la espalda. Como salí de casa con las manos vacías, ahora soy una sospechosa con uniforme escolar y una sillita infantil. No quiero llamar la atención. Mantengo una distancia constante de los hombres, que charlan animadamente: “¡Hoy hace otro calorazo!” “Voy camino de Osaka desde aquí”, y cosas así. Camino por un pasillo cubierto de chapa ondulada. “Esperamos volver a verte en tu próximo viaje”, dice una voz por los altavoces.



Imaginaba que Shikoku sería diferente de mi ciudad natal en Miyazaki, pero hasta ahora, los sonidos, el aire y el aspecto descuidado del puerto son exactamente iguales que en casa. Desde el azul del cielo y el olor del mar hasta el color desvaído del hormigón, todo es decepcionantemente similar.

—...¿Suzume?

Con un golpe, la silla que llevo a la espalda empieza a moverse. Me detengo al oír la voz de Souta.

—¡Por fin te despiertas! —digo, suspirando aliviada—. No despertabas, así que empezaba a pensar que todo había sido un sueño.

Estamos fuera de la terminal del ferry, al borde de un gran aparcamiento. Souta, el vago, ha tenido la desfachatez de dormir durante las dos horas desde el amanecer, aunque intenté despertarle no sé cuántas veces.

—¿Estaba... durmiendo? —pregunta, medio dormido.

Suspiro de nuevo, bien alto.

—Bueno, da igual. Ahora, ¡el gato! ¿Cómo lo buscamos? ¿Empezamos preguntando en el puerto?

—¿Qué?

—Me pregunto dónde estamos, de todos modos.

Saco el móvil del bolsillo de la falda. Menos mal que lo traje, si no, no habría podido pagar el ferry.

—¿Qué haces? —ignora la voz de protesta de Souta mientras enciendo el móvil. Borro rápidamente las notificaciones de Tamaki, abro el mapa y localizo nuestra posición. Estamos en el puerto de Yawatahama, en el extremo occidental de la prefectura de Ehime. Hay una zona urbana al este y una estación de tren a poca distancia. Hmm. Me pregunto a cuánta distancia estoy de casa. Abro el registro de viaje y el mapa se aleja para mostrar Shikoku y Kyushu. Estoy a 219 kilómetros de casa.

—Vaya, hemos venido lejos —digo—. Me pregunto si podrías volver a casa esta noche si cogieras el próximo ferry. ¿Recuerdas lo que te dije anoche? Tienes que dejar de preocuparte por mí y volver tú...



—¡Aaah! —exclamo.

—¿Qué pasa?

—¡Mira esto!

Me agacho y le enseño a Souta mi feed de redes sociales. Hay una foto del gatito blanco sentado en el asiento de un tren.

—Creo que es nuestro gato, ¿verdad?

—¡No puede ser...!

Filtro mi feed para que solo muestre publicaciones cercanas a nuestra ubicación. Está lleno de fotos del gato blanco. Hay una de anoche en la proa de una lancha patrullera, otra al amanecer en un amarre del puerto, otra un poco más tarde en la barandilla de un puente, luego una de hace unas horas en un banco fuera de una estación de tren. Y finalmente, una de hace unos minutos sentado sobre la taquilla dentro de un tren—y en todas, está haciendo una pose de gatito inocente y fotogénico.



“¡Mira lo que vi en mi peregrinación!”

“¡Es tan mono que no lo soporto!”

“Subí al tren y ¡pam!, ¡una versión real de Susurros del corazón!”

“El gato jefe de estación conoce a la mascota de Ciao Churu!”

“Mono... tan mono... Un gatito está sentado a mi lado...”

Cada foto tiene su propio pie, aunque la mayoría son bastante simples. Es como si los que publican estuvieran demasiado abrumados para decir mucho más que lo adorable que es el gato. Dondequiera que va, ha estado dejándose fotografiar con descaro y altivez (¡así es como lo veo!).

“Le llaman Daijin, como a un ministro del gabinete...”, murmuro.

“Esa barbilla blanca parece la de los ministros de antes.

Demasiado mono.” “La forma en que el pelo de sus mejillas se curva parece la de un político.” Veo muchas publicaciones similares. Incluso hay un hashtag: #conDaijin.

—¿Lo dicen en serio...? Bueno, pensándolo bien, tienen razón...

—Va hacia el este en tren. ¡Tengo que seguirlo! —dice Souta, marchándose ruidosamente.

Mientras se va, cruje el respaldo hacia mí y dice con decisión:

—Aquí nos separamos. Gracias por todo, Suzume. Cuídate en tu viaje de vuelta.

¿A dónde debería comprar billete? Mejor ir hasta donde pueda, pienso, y pulso el botón más grande de la máquina de billetes. El pitido electrónico resuena bajo el techo abovedado de la estación.

—Espera un momento...

Ignorando la voz de protesta a mi lado, cojo el billete de la máquina. Luego paso por la barrera de la estación de Yawatahama abrazando la sillita contra mi pecho.

—¡Si no vuelves a casa, tu familia se preocupará por ti!

—No hay problema. Mi familia es de dejar hacer —susurro con calma.

Pensaba que estaba fingiendo bien eso de “llevar una silla como si nada”, pero los niños con uniformes desconocidos me miran. “El tren sin conductor para Matsuyama está llegando”, anuncia una voz lánguida por los altavoces. Subimos. Al principio el tren está casi vacío, pero tras unas estaciones, se llena. Por fin podemos relajarnos.



—...Este viaje va a ser peligroso. No puedo dejar que me sigas —dice la silla con voz preocupada desde mi regazo.

—Pero, Souta —digo, girando la pantalla del móvil hacia su cara—. ¡Mira!

Hay una foto de la silla bajando la colina publicada en redes. La imagen está borrosa porque el sujeto se mueve rápido, pero eso solo le da un aire de realidad dudosa, como el descubrimiento de un nuevo críptido. Otras fotos lo muestran caminando por el muelle y paseando por el puerto esa mañana. Algunas me incluyen a mí, aunque mi cara no se ve clara.

“No te vas a creer lo que vi.” “¡Yo también!” “¿Es un dron con forma de silla?” “¿Quién es la misteriosa chica?”

No somos tendencia, pero casi. Hay otro hashtag: #sillacorredora.



—¡No puede ser...!

—¿Ves? Es arriesgado que camines delante de la gente. ¡A este ritmo, te capturarán antes de que llegues al gato!

Souta parece quedarse sin palabras. Tras un momento, dice con gravedad:

—Suzume, parece que no tengo elección. Me gustaría contar con tu ayuda hasta que encontremos a Daijin.

La silla inclina la cabeza con un crujido.

¡Sí! Sonríe y hago una reverencia en respuesta.

—¡El placer es mío!

Finalmente me aceptó. Miro hacia arriba, recién decidido, y me doy cuenta de que un niño pequeño me está mirando. Afortunadamente, su madre está absorta en su teléfono. *¡Escapar por un pelo!* Tengo la responsabilidad de hacer que Souta vuelva a su forma original. *¡Hasta que vuelva a ser humano, tengo que protegerlo!*

